

823
D



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PR 4559
A67
L3
V.3

DOMBEY É HIJO

CAPÍTULO XXXI

LA BODA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 3625 MONTERREY, MEXICO

El alba, con su pálido rostro, se desliza á hurtadillas por las vidrieras de la iglesia, y baja por el sitio donde reposan las cenizas de Pablo y de su madre. Está oscuro y hace frío en la iglesia. La noche se va arrastrando por las losas, recogién dose en las esquinas y rincones. El campanario se levanta en medio de las casas, descollando encima el reloj que marca el oleaje del tiempo á medida que oscila para desvanecerse en las riberas de lo eterno. Como faro entre las brumas de la mar, señala desde fuera el sitio hasta donde suben las olas; pero por dentro aun está negro todo y apenas empieza la claridad á tocar en las sombras. Roza el alba, revolotea en torno de la iglesia, se asoma á las vidrieras y descende, llorosa, quejándose de la brevedad de su existencia, en tanto que los árboles, junto á las tapias de la iglesia, inclinan sus cabezas y mueven tristemente las ramas en manifestación de simpatía.

La noche va huyendo poco á poco, hasta acogerse bajo las subterráneas bóvedas, tomando asiento en los sepulcros. Pero ya no es el alba; ya viene franca-

mente el día coloreando de rosa la veleta, secando el llanto de su predecesora y extinguiendo sus quejas : el alba entonces asustada corre tras de la noche, la expulsa de sus rincones y refugios y se acoge, á su vez, entre las bóvedas subterráneas y sepulcros hasta que, reposada la noche torne á enseñorearse del templo.

Los ratones, ocupadísimos en los libros de rezos y más desgastadores, con sus dientes, de los reclinatorios que con las rodillas los fieles, esconden sus brillantes ojos metiéndose en sus agujeros y temblando de miedo se encogen y acurrucan el escuchar el ruido de la puerta. Y es que el bedel, este hombre poderoso, llega aquella mañana á la iglesia muy temprano. El sacristán entra con él y al mismo tiempo ocupa su respectivo sitio Mistress Miff, guardadora de bancos — una mujer enjuta y vieja, de tal manera enfundada en la ropa que no hay ni una pulgada de vuelo en su vestido — y que, como es de rigor, llevaba media hora esperando en la puerta de la iglesia á que llegase su superior jerárquico el bedel.

Avinagrada es la cara de esta vieja, deslucida su cofia é insaciable su sed de seis peniques y chelines. La costumbre de hacer señas á las personas que vagan por la iglesia, para que tomen asiento en los bancos ha dado á Mrs. Miff un aire de misterio : hasta se percibe en sus ojos cierta maliciosa reserva como si conociese mejor sitio, pero reservado para una dádiva siempre superior á la recibida. Nadie habla ya de mister Miff, nadie le nombra, desde hace unos veinte años y Mistress Miff prefiere, en efecto, que nadie le mencione. Y es que este hombre tenía ideas perversas, á lo que parece, concernientes al derecho á sentarse, sin pagar, en los bancos de las iglesias;

por esto no se atrevía mistress Miff á creer, con entera confianza, que su marido estuviese en el cielo.

Esta mañana se ocupa mistress Miff en limpiar el altar, sacudir las alfombras á la puerta, quitar á los almohadones el polvo. Mucho tiene que contar Mrs. Miff acerca de la boda que se va á celebrar esta mañana : cuenta que sólo en el arreglo de la casa y su mobiliario se ha gastado el novio sobre cinco mil libras esterlinas y añade que, según de buena tinta le consta, la novia no aporta de dote ni un penique. Se le representan en la memoria á este propósito, como si fueran de la vispera, los funerales de la primera mujer, el bautizo y luego los otros funerales; y á este punto se acuerda de que tiene que jabonar la piedra funeraria antes de que llegue la gente. Mister Sownds, el bedel, se sienta en los escalones del pórtico, á tomar el sol (no hace comúnmente otra cosa, excepto en el invierno, pues entonces se sienta en la sacristía, á la lumbre) y asintiendo á lo que mistress Miff refiere la pregunta si no ha oído decir que la novia es de gran hermosura. Los informes que mistress Miff ha recogido concuerdan con los de mister Sownds el bedel, quien, aunque tranquilo y corpulento, es un admirador de la belleza femenina : así observa, con unción, que efectivamente la novia es una « flamencota » — expresión que parece algo fuerte á mistress Miff ó, mejor dicho, que la hubiera parecido algo fuerte en boca de otro que no fuera mister Sownds, el bedel.

A esta misma hora hay en casa de mister Dombey grande animación y bullicio, con especialidad entre las mujeres : ninguna ha podido dormir desde las cuatro y todas estaban ya vestidas mucho antes de las seis. Towlinson es objeto de consideraciones mu-

cho mayores que las acostumbradas por parte de la segunda doncella, y mientras toda la servidumbre se desayuna en la cocina, la cocinera dice que una boda trae otras : á lo que la segunda doncella observa que por su parte no cree mucho en este dicho. Towlinson se reserva su parecer sobre la materia : está muy preocupado porque sabe que acaba de entrar al servicio de mister Dombey un extranjero con patillas (Towlinson no las tiene) que este extranjero acompañará á mister Dombey y señora á París y que ya en aquellos momentos está empaquetando efectos para el viaje. A propósito de este sirviente expone Towlinson que de los extranjeros no se puede esperar cosa buena : por supuesto, añade que él no tiene ninguna prevención contra ellos, pero estima que esa creencia está en lo cierto, y en apoyo de su parecer cita el caso de Bonaparte que fué capaz de todo ! La segunda doncella reconoce que esta observación no tiene vuelta de hoja.

El repostero se halla atareadísimo en la casa fúnebre de Brook Street y los criados jóvenes están muy ocupados en mirarle. Uno de estos mozos, á estas horas trasciende ya á Jerez y su mirada tiende á quedarse fija en los objetos sin verlos : pero tiene conciencia de su falta y para disimularla ante su compañero le dice que está muy « bebido » ; pero es que se le ha trabado la lengua pues quería decir muy « embebido » en la observación del repostero.

Los músicos que llevan un sombrero con campanillas y tocan el bombo y los platillos, enterados de que va á haber boda se hallan cerca de la iglesia en acecho ; pero parece que su jefe se ha puesto ya en comunicación con Towlinson y que la cuestión ahora es saber cuánto les van á dar porque no toquen. Tam-

bién los murguistas esperan pacientemente en la esquina, mientras el más astuto de ellos, el que toca un trombón, va preguntando por las tiendas, á ver si alguien sabe á donde irá á almorzar la comitiva de la boda.

La expectación y la inquietud se van extendiendo. De Balls Pond llegan Mr. Perch y Mrs. Perch, á pasar el día con los criados de mister Dombey y para asistir con ellos, subrepticamente, á la ceremonia de la iglesia. En su domicilio está ya Toots elegantizado y compuesto como si fuera el novio, por lo menos. Está resuelto á presenciar tan espléndida ceremonia desde un rincón de la galería. Tiene intención de llevarse consigo al Pollo y ha tomado la resolución desesperada de decirle : « Mire usted, Pollo bravo, no quiero engañar á usted por más tiempo : el amigo de quien he hablado á usted en diferentes ocasiones, soy yo mismo : el objeto de mi pasión es miss Dombey ; ahora, dígame usted cuál es su parecer en estas circunstancias y qué opina usted que debo hacer yo inmediatamente. » Mientras llega para este Pollo el instante, que él no se espera, de semejante revelación, está comiéndose dos libras de carne en biftec y bebiéndose un jarro de cerveza fuerte. En la Plaza de la Princesa, miss Tox se halla también atareada, pues á pesar de su aflicción ha decidido poner un chelín en la mano de mistress Miff y presenciar desde algún solitario rincón de la iglesia aquella ceremonia que tan cruel fascinación tiene para ella. Los barrios del guardia marina de madera no se quedan atrás en el movimiento : el capitán Cuttle, calzadas sus mayores botas y ceñido su enorme cuello de camisa está desanuyándose, atento á la lectura que en alta voz efectúa Rob de los rezos en el Oficio del matrimonio ;

oficio que le hace recorrer el capitán de cabo á rabo (1). El capitán se empeña en comprender perfectamente la solemnidad religiosa que se propone presenciar y con este motivo interrumpe de cuando en cuando al lector para decirle « á ver, á ver, repite eso » ó bien « salta ese párrafo » y aun « lee el oficio nada más y deja los *amén* que estos ya me los sé... » y así cuando el lector se detiene para tomar aliento el capitán intercala un *amén* con sonora satisfacción.

Aparte de todo esto y de otras muchas cosas más, veintidós niñeras y doncellas de la calle donde vive mister Dombey — sin contar otras calles — han prometido á las niñas y jovencitas de cuya guarda están encargadas, que las llevarán á ver la boda, satisfaciendo así el instintivo interés nupcial que en las mujeres data de la cuna. Sí; hace perfectamente bien mister Sownds el bedel de engreírse por su empleo mientras toma el sol en la gradería del pórtico, en espera de la hora señalada para la celebración de la boda. Sí, hace perfectamente bien mistress Miff de agarrar á una especie de enana que con un chico en brazos se ponía á mirar lo que no le importaba á la puerta del templo y ha tenido razón en echarla de allí con la mayor indignación.

El primo Feenix ha venido de fuera expresamente para asistir al matrimonio. El primo Feenix es hombre de unos cuarenta años, pero tan juvenil en sus maneras y en su rostro que sorprende el ver las arrugas de su señorial cara y las patas de gallo de sus ojos. Lo primero que se observa en él es que no cruza las habitaciones con pie firme, de modo que no siem-

(1) Por la inteligencia de este pasaje y de todos los que á la ceremonia en la Iglesia se refieren, conviene recordar que se trata del culto *protestante* y del rito *anglicano*. (N. del T.)

pre va á parar al sitio á donde se dirige. Pero el primo Feenix que se levanta á las siete y media, dadas, de la mañana es muy otro del primo Feenix levantado; á decir verdad, el primero no se parece mucho al segundo tal como sale de la peluquería de *Long's Hotel*, en Bond Street.

Mister Dombey sale de su cuarto de vestir y á su vista se dispersan en todas direcciones, haciendo crujir los vestidos, las mujeres que están en la escalera. Todas se desaparecen, excepto mistress Perch que se halla (como siempre la pasa) en un estado interesante y que no pudiendo andar lista se encuentra cara á cara con mister Dombey.— ¡Quiera Dios que el susto y la impresión que ha sufrido no tengan consecuencias para el hogar de mister Perch! Mister Dombey se pasea por el salón, haciendo tiempo. Primoroso está mister Dombey con su frac azul, su chaleco de color de lila y su pantalón de tinte leonado: hasta corre el rumor por la casa de que mister Dombey se ha rizado el pelo.

Un doble golpe anuncia la llegada del comandante, primoroso también, con un geranio entero en el ojal y con el pelo rizado y encrespado, como el indígena sabe hacerlo.

— Dombey — dice el comandante dándole ambas manos — ¿cómo está usted?

— Comandante — contesta Mister Dombey — ¿cómo está usted?

— ¡Por Júpiter! caballero — exclama el comandante — José B. se siente capaz en un día como este, señor mio, — y diciendo esto se da porrazos en el pecho — se siente capaz de hacer un matrimonio doble, sí señor, cargando con la madre!

Mister Dombey sonríe, pero débilmente, porque va

á ser yerno de aquella señora y ya no le placen bromas sobre ella.

— Dombey — dice el comandante, advirtiéndolo — felicito á usted. Le doy el parabién, Dombey. ¡Por vida de...! Es usted envidiable: hoy es usted el hombre más feliz de Inglaterra.

Asiente mister Dombey. Es evidente, sin embargo, que quien puede considerarse feliz, favorecida, honrada es ella y por consiguiente ella es, y no él, la envidiable.

— En cuanto á Edith Granger, caballero — prosigue el comandante — no hay una sola mujer en Europa que no esté dispuesta á dar — y permita usted á Bagstock añadir, deseosa de dar — hasta las orejas y con las orejas los pendientes, por hallarse en el lugar de Edith Granger.

— Favor que usted me hace, comandante — dice mister Dombey.

— Dombey — replica el comandante — usted lo sabe. Dejémonos de falsas delicadezas. Usted lo sabe. ¿Lo sabe usted ó no? — dice el comandante, casi con ardimiento.

— ¡Oh! en realidad... comandante..

— ¡Condenación, señor mío! — responde el comandante. — ¿Sabe usted eso ó no lo sabe? Dombey... ¿no es Pepe amigo suyo? ¿No estamos en la intimidad, en una confianza que justifica el que un hombre — el rudo José B., caballero — hable con franqueza? ¿Ó tendré que medir las distancias y atenerme á las formas?

— Mi querido comandante Bagstock — dice mister Dombey, con aire satisfecho — está usted muy acalorado...

— ¡Por Dios, señor! — contesta el comandante —

naturalmente, que estoy acalorado. José B. no lo niega, Dombey: se acalora. Es esta una ocasión, señor, en que necesariamente tienen que salir á la superficie las simpatías almacenadas en la vieja y usada armazón del inválido J. B. En momentos semejantes, Dombey, el hombre tiene que decir lo que piensa ó ponerse un bozal. Ahora, José Bastock le dice á usted en su cara, lo mismo que dirá á sus espaldas en el club, que no se dejará poner bozal mientras se trate de hablar de Pablo Dombey. ¡Condenación, señor mío! — concluye el comandante, muy resuelto — ¿qué dice usted de todo esto?

— Comandante — contesta mister Dombey — aseguro á usted que le estoy muy agradecido. No tenía intención de censurar á usted por su parcialísima amistad.

— ¡No parcialísima, señor! — exclamó el comandante irritado — Dombey, niego eso.

— Diré su amistad, simplemente — prosiguió mister Dombey, — lo mismo es. Yo no puedo olvidar, comandante, en una ocasión como la presente, lo mucho que á usted debo.

— Dombey — dijo el comandante acompañando la acción á la palabra, — esta es la mano de José Bagstock, del francote Pepe, si prefiere usted decirlo así, caballero. Esta es la mano de la que su alteza real el difunto duque de York dijo, haciendo merced con ello á Pepe: esta es la mano áspera y endurecida de un tunante, de un viejo vagabundo. Dombey, ¡ojalá que el momento presente, con ser afortunado, pueda parecer pequeño en suerte, comparado con los sucesivos! ¡El cielo le bendiga!

Ahora entra mister Carker, brillante á su vez y sonriente como un verdadero convidado de boda.

Casi no halla modo de soltar la mano de mister Dombey, tantas son sus congratulaciones. Sacude la mano del comandante al mismo tiempo, y su voz también sale sacudida á compás de los brazos, temblando entre sus dientes.

— Este día verdaderamente se presenta bajo favorables auspicios — dice mister Carker, — un tiempo brillante y muy de fiesta. Me parece que no estoy en retraso...

— Puntual, á su hora, caballero — dice el comandante. — Me alegro muy de veras — dice Carker. — Temí atrasarme unos segundos porque no podía cruzar una fila de vehiculos. Me he tomado la libertad de pasar por Brook Street — por casa de mister Dombey, quería decir esto — á dejar unas cuantas flores para mistress Dombey. Un hombre de mi posición, á quien se concede la distinción de invitarle en estas circunstancias, se enorgullece con ofrecer un testimonio, aunque sea pobre, de vasallaje. No tengo duda, claro es, de que mistress Dombey estará agobiada de presentes valiosos y magníficos — dijo con extraña mirada á su protector; — pero confío en que la insignificancia de mi homenaje...

— Mistress Dombey — responde condescendiente mister Dombey, — será muy sensible á la atención de usted, Carker, estoy seguro.

— Y si ha de tomar el nombre de mistress Dombey esta mañana, señor — dice el comandante dejando la taza de café que concluía de gustar y mirando el reloj, — ya es hora de que nos pongamos en marcha.

Mister Dombey, el comandante Bagstock y mister Carker suben en el mismo carruaje para ir á la iglesia. Mister Sownds, el bedel, hace mucho que está de

pie en las gradas del pórtico esperando con su sombrero de tres picos en la mano. Mistress Miff hace reverencias y pone sillas á disposición de mister Dombey en la sacristía. Mister Dombey prefiere esperar en la iglesia. Levanta la vista en dirección del órgano; y miss Tox, que está en la galería, tiene miedo de que la vea y se esconde detrás de un angelote mofletudo que forma parte de la ornamentación del aparato. El capitán Cuttle, que también está allí, no se esconde; al contrario, extiende el brazo de la mano postiza y hace señas con ésta como para felicitar y dar la bienvenida. Mister Toots, poniéndose la mano en la boca, informa al Pollo que aquel caballero del pantalón color leonado es el padre de su amada. El Pollo le contesta roncamente al oído que nunca ha visto un empalado semejante; pero que, gracias á los recursos de la ciencia, se le puede doblar en dos de un puñetazo en el chaleco.

Mister Sownds y mistress Miff no están muy distantes mirando; pero ya oyen el ruido de coches que se acerca. Mister Sownds sale. Mistress Miff se dirige hacia mister Dombey justamente cuando éste vuelve la cabeza por no ver al presuntuoso Toots que le saluda con mucha urbanidad desde la galería. Mistress Miff hace una reverencia y participa á mister Dombey que « la señora » llega. Se oye ruido de gente en la puerta, se abre ésta y entra « la señora » con paso firme y altanero.

No hay señal ninguna en su rostro de los sufrimientos de la noche pasada; no hay traza en sus maneras de que aquella mujer haya pasado la noche de rodillas, reclinada en el almohadón de la jovencita dormida. Esta jovencita, delicada y amable, entra con la señora y contrasta con la fisonomía de ésta,

desdeñosa, llena de majestad y en el cenit de sus encantos.

Hay una pausa durante la cual mister Sownds, el bedel, se escurre hacia la sacristía para avisar al clérigo y su sacristán. Aprovechando aquel momento, mistress Skewton dirige la palabra á mister Dombey, más distintamente y con más énfasis que de costumbre, acercándose al mismo tiempo á Edith.

— Mi querido Dombey — dice la cariñosa madre, — no tengo más remedio que renunciar á la compañía de Florencia y dejarla regresar á su casa. Sí, reconozco que mi ánimo está quebrantadísimo por la pérdida que hoy experimento; necesito encontrarme sola.

— Pero, ¿no sería mucho mejor que se quedara con usted? — repuso el novio.

— Me parece que no, querido Dombey. No, creo que no. Me hallaré mucho mejor sola. Además, mi queridísima Edith ha de ser la constante y natural guardadora de Florencia, tan pronto como ustedes regresen, y así es lo mejor que yo no usurpe su confianza, podría tener celos de mí. ¿No es verdad, Edith?

La cariñosa madre aprieta el brazo de su hija al decir esto, acaso para llamar su atención con instancia.

— En serio, mi querido Dombey — añade la madre, — me separaré de esta hijita para que no se entristezca á mi lado. Acabamos de convenirlo así hace un instante; ella lo comprende muy bien, querido Dombey. ¿No es verdad, Edith, que ella lo comprende muy bien?

De nuevo la cariñosa madre aprieta el brazo de su hija. Mister Dombey no hace ninguna observación.

Pero ya están en el altar el clérigo oficiante y su segundo. Mistress Miff y mister Sownds, el bedel, conducen á los contrayentes hasta sus respectivos sitios junto á la barandilla.

El oficiante pronuncia estas palabras de ritual: — « ¿Quién entrega en matrimonio esta mujer á este hombre? »

El primo Feenix es quien la entrega. Para ésto ha venido de Baden-Baden. « ¡Qué diablos! — ha pensado el primo, excelente criatura el primo. — ¡Qué diablos! puesto que damos entrada en la familia á un rico buen hombre de la City, tengamos atención con él, hagamos alguna cosa por él. »

— Yo doy en matrimonio esta mujer á este hombre — contesta el primo Feenix dirigiéndose á tomar la mano de la contrayente. Pero no cuenta con la desviación de sus piernas, de modo que describe una curva y va á parar en la madrina de la boda, una señora muy distinguida, emparentada con la familia Feenix, y diez años más joven que mistress Skewson. Mistress Miff se interpone y diestramente encamina al primo hacia la novia. Y así el primo Feenix entrega en matrimonio aquella mujer á aquel hombre.

— « ¿Y quieren, ante Dios...? »

Sí, quieren ante Dios. Mister Dombey dice que quiere. ¿Y Edith? Edith dice que quiere.

De modo que « de este día en adelante, en suerte ó en desgracia, en riqueza ó en pobreza, en salud ó en enfermedad, deben quererse ó auxiliarse hasta la muerte, guardándose fidelidad recíproca ». Quedan casados.

Pasan á la sacristía y la novia firma en el registro con mano firme.

— Pocas desposadas he visto — dice mistress Miff

con una muy gentil reverencia — que hayan firmado con tanta soltura como esta dignísima señora.

Mister Sownds, el bedel, juzga que efectivamente aquella firma es muy lozana, como quien la ha puesto, pero es claro que este parecer se lo reserva en su conciencia.

Florencia también firma, pero sin aplauso, porque su mano tiembla. Todos los demás firman; primo Feenix, el último, pone su noble nombre en sitio equivocado y se inscribe él mismo como nacido en el día de la fecha.

El comandante saluda entonces á la novia con la mayor galantería, la besa y, dando muestras de su gallardía militar, besa también á todas las señoras, sin exceptuar á mistress Skewton, cuyos gritos en defensa del colorete conmueven el sagrado edificio. Imitan este ejemplo primo Feenix y el mismo mister Dombey. Ultimamente mister Carker, luciendo su dentadura blanca, se acerca á Edith como si fuera á morderla más bien que á besarla. Sonrójase Edith, y su mirada centelleante parece que quiere detenerle; pero, es en vano, Carker la besa como todos, y dice que la desea una felicidad completa.

— Si éste deseo — añade en voz baja — no resulta superfluo, aplicado á esta unión.

— Muchas gracias — contesta Edith frunciendo los labios y sintiendo opresión en el pecho.

¿Acaso presiente Edith en este momento, como lo presintió la noche en que reveló mister Dombey su propósito de ofrecerla su mano, que Carker conoce sus pensamientos y se siente más rebajada ante sí misma por ser conocida de Carker? ¿Acaso es esta la razón de que su altivez disminuya en presencia de Carker, deshaciéndose como bola de nieve, apretada

en la mano? ¿Será este el motivo de que Edith retire la mirada de Carker y baje los ojos dirigiendo su vista hacia el suelo?

— Me envanezco — dijo mister Carker con una rendida cortesía en contradicción con lo que sus ojos y dientes revelaban — me envanezco al ver que mis humildes flores han merecido tan benévola acogida de mistress Dombey que llega á honrarlas llevándolas en la mano.

Edith responde con un movimiento de cabeza y hay un instante en que parece que va á tirar las flores al suelo y á pisarlas con menosprecio. Sin embargo, se coge al brazo de su nuevo marido que está hablando con el comandante y recupera su altivez y su impassibilidad silenciosa.

Otra vez se acercan los carruajes al pórtico. Mister Dombey con su mujer del brazo cruza entre las filas de veinte familias que se han agrupado en los escalones para ver la salida de los recién casados. Las chicas vestirán luego sus muñecas imitando el traje de la novia y las comadres de la vecindad comentarán la moda. Cleopatra y primo Feenix ocupan el mismo carruaje. El comandante acompaña en otro á Florencia y á la madrina que ha estado á punto de convertirse en mistress Dombey. Carker se incorpora á este grupo. Cabriolan los caballos. Los cocheros y los lacayos brillan entre los revoloteantes lazos y adornados con flores, luciendo sus libreas nuevas. Cruzan las calles á buen paso y la gente los mira: mil soberbios moralistas se vengan de no estar ellos mismos casados, diciendo para sus adentros que todos aquellos bobos admiradores de tan lujoso séquito no piensan en lo deleznable de semejante dicha.

Miss Tox reaparece por las espaldas del angelote

mofletudo y cuando la iglesia se halla en su serenidad ordinaria baja de la galería. Tiene los ojos encarnados y mojado su pañuelito de bolsillo. Está herida, pero no exasperada : espera que ellos serán felices. Reconoce ella misma que la novia es una mujer muy hermosa y que si se compara con ésta sus atractivos son bien débiles; pero la espetada figura de mister Dombey, con su chaleco de color de lila y su pantalón leonado no se le borra de la mente y miss Tox llora, tras de su velo, según va caminando hacia la Plaza de la Princesa. El capitán Cuttle, que se ha asociado á todos los *amén* y responsorios de los rezos, con devoto gruñido, sentiéndose santificado por los ejercicios religiosos y con gran sosiego de espíritu, llevando el sombrero de hule en la mano, cruza bajo la nave del templo deteniéndose á leer la inscripción fúnebre en la tumba de Pablo. Mister Toots el galante, acompañado de su fiel Pollo sale del edificio presa de tormentos de amor. El Pollo no logra concebir un plan para la conquista de Florencia, pero insiste, por el momento, en su primera idea : plegar á mister Dombey de un puñetazo en la barriga y siempre se habrá ganado algo. La servidumbre de mister Dombey sale de los escondidos lugares donde ha permanecido viendo la ceremonia : todos van á precipitarse hacia Brook Street cuando de pronto mistress Perch anuncia que se siente indispuesta : un vaso de agua pone feliz término á la alarma y mistress Perch se deja conducir dulcemente. Mistress Miff y mister Sownds el bedel se van á una esquina del atrio, á echar cuentas de lo que les ha valido el negocio en tanto que el campanero, en espera del funeral que se celebrará dentro de un rato, está tocando á muerto.

Ahora llegan los coches á la residencia de la novia :

la murga los espera. Los criados de la casa se precipitan al encuentro de los recién casados, que entran solemnemente en casa de los Feenix. La comitiva nupcial los va siguiendo. ¿Por qué al pasar entre la gente piensa mister Carker en la vieja de la alameda? ¿Por qué se acuerda Florencia, temblorosa, de la trapera mistress Brown?

A medida que va entrando más gente en el salón se renuevan los cumplimientos y los plácemes. No hay mucha concurrencia, sin embargo. Pasan al comedor que en vano pretenden alegrar los lazos y las flores.

El repostero ha demostrado su saber : el almuerzo es selecto. Mister Chick y señora se hallan entre los invitados. Maravillase — dice mistress Chick — al ver cuán perfecta Dombey es ya Edith : muéstrase afable y confidencial con mistress Skewton cuyo espíritu se siente ya libre de un gran peso y que no descuida sus vasos de champaña. El criado que había estado « embebido » por la mañana se encontraba ya listo y con un vago propósito de arrepentimiento; así ha tomado franca ojeriza á su colega, le arrebató los platos y parece que encuentra gusto en desatender á las personas de la mesa. Estas personas permanecen frías y calmosas, no queriendo agraviar con júbilo ni manifestaciones de contento á la negrura del ambiente. El primo Feenix y el comandante son los únicos que alguna vez se animan. La sonrisa de mister Carker sirve para toda la mesa. Otra particular sonrisa tiene Carker para la desposada, pero rara vez encuentra aplicación, pues casi nunca tropieza con los ojos de Edith.

Puesto primo Feenix de pie, al final del almuerzo y cuando los criados no tienen ya nada que servir y

se retiran, parece joven, coloreadas las mejillas por efecto del vino.

— Por mi honor — dice primo Feenix — y aunque no sea muy corriente tratándose de un domicilio privado, permítaseme lo que comúnmente se llama... lo que comúnmente se llama... un brindis.

El comandante apoya con ronca voz la idea. Mister Carker mueve la cabeza con un saludo aprobatorio á primo Feenix.

— Un brindis... aunque en el fondo quizás no sea un brindis — dice primo Feenix deteniéndose nuevamente.

— ¡Escuchen, escuchen! — exclama con persuasión el comandante.

Mister Carker da una palmadita muy suave, vuelve á saludar con la cabeza aprobando, sonríe y como si la observación del comandante le hubiese interesado mucho, se dispone á escuchar con el mayor deleite.

— Es esta — prosigue primo Feenix — es esta una circunstancia especial, si me es lícito expresarme en estos términos, en que cabe apartarse de los usos establecidos, y aunque yo no he sido nunca orador, de tal modo que, cuando pertencí á la Cámara de los Comunes y tuve el honor de tomar parte en la discusión del mensaje de la Corona, me vi... me vi en la necesidad de guardar cama quince días...

El comandante y mister Carker parecen tan encantados de este detalle biográfico que el orador se echa á reír y dirigiéndose á ellos en especial, prosigue :

— ... quince días antes de comenzar la discusión ; pero, bien se comprenderá que cuando llegó el momento de cumplir mi deber, no hubo enfermedad que valiera : porque, señores, cuando un inglés se halla

en presencia del cumplimiento de un deber, no puede menos, en mi concepto, de cumplirlo. Pues bien ; nuestra familia ha tenido hoy la gran satisfacción de aliarse por la persona de mi muy querida y distinguida parienta aquí presente...

Aplauso general.

— ... aquí presente — repite primo Feenix entendiendo que estas palabras valen la pena de repetirse — con alguien... en este día con un hombre á quien el dedo del menosprecio no tocará jamás, es decir con mi honorable amigo Dombey, si me es lícito llamarle de este modo.

Primo Feenix hace una reverencia á mister Dombey ; mister Dombey devuelve solemnemente la reverencia : todos los circunstantes quedan más ó menos emocionados y enternecidos por tan extraordinaria y nunca vista apelación á los sentimientos.

— No he podido encontrar — sigue diciendo primo Feenix — tanto como hubiera querido, ocasiones en que cultivar la relación con mi amigo Dombey y de estudiar esas cualidades que tanto honran á su corazón y á su cabeza, pues, desgraciadamente para mí, he estado, como se decía en mis tiempos, en la Cámara de los Comunes, en aquella época cuando no era costumbre aludir á los lores, porque los procedimientos parlamentarios se observaban mucho mejor, acaso, que hoy se observan, desgraciadamente para mí he estado... (aquí primo Feenix se complace en preparar el ánimo de los oyentes á lo que va á decir, para que produzca su efecto y con socarronería concluye :)... he estado... en otra parte!

El comandante prorrumpie en risas convulsivas de las que con dificultad se repone.

— Pero ya conozco de mi amigo Dombey lo bas-

tante — resume primo Feenix con gravedad como si de repente se hubiese trocado en hombre juicioso y circunspecto — ... lo bastante, si me es lícito expresarme así, para saber que es lo que en toda la extensión de la palabra se llama un hombre de negocios... un negociante inglés... un... hombre. Y aunque he permanecido fuera de Inglaterra durante años y añadiré que hubiera tenido mucho gusto en recibir la visita de mi amigo Dombey, y lo mismo digo de las demás personas presentes, en Baden-Baden y aprovechar esta oportunidad de presentarles al gran Duque, aunque he permanecido, repito, fuera de Inglaterra durante años, tengo la pretensión de saber lo bastante acerca de mi muy querida y distinguida parienta para entender que reúne cuantos requisitos son necesarios para labrar la felicidad de un hombre y que su casamiento con mi amigo Dombey es de inclinación y de afecto por ambas partes.

Muchas sonrisas y cabeceo en mister Carker.

— Por consiguiente — concluye primo Feenix — congratulo á la familia de que formo parte por la feliz adquisición hecha en la persona de mi amigo Dombey. Congratulo á mi amigo Dombey por su unión con mi muy querida y distinguida parienta, que reúne cuantos requisitos son necesarios para labrar la felicidad de un hombre y me tomo la libertad de invitar á todos los presentes, si me es lícito decirlo así, á que se unan á mí para... para felicitar á mi amigo Dombey y á mi muy querida y distinguida parienta con ocasión de su matrimonio. »

El discurso de primo Feenix obtiene gran aplauso. Mister Dombey le da muchas gracias en su nombre y en el de mistress Dombey. J. B. propone inmediatamente después un brindis en honor de mistress

Skewton. Luego va decayendo la animación y los muros del respetable comedor recuperan su derecho al silencio. Edith se levanta de la mesa y va á ponerse su vestido de viaje.

En tanto, también los criados han tenido su banquete de boda, abajo, en las cocinas. Del champaña no hay nada que decir; ha sido artículo corriente: las aves asadas, los pasteles rellenos, las fuentes de dulce, las ensaladas de langosta, han menudeado como cosas sin importancia. El criado « embebido » ha recuperado su abstracción contemplativa y los ojos de su camarada revelan que esta vez tiene competidor en lo de no ver claro. El color rojo predomina en el rostro de las mujeres: en este concepto se destaca particularmente la fisonomía de mistress Perch, cuyo júbilo es comunicativo; tan lejos se halla de los cuidados de la vida que si alguien la preguntara por dónde se va á Ball's Pond, donde ella habita, con dificultad acertaría á indicar el camino. Towlinson ha brindado por la feliz pareja: el mayordomo de la cabeza canosa ha contestado con emoción, porque ya empieza á creerse un servidor envejecido en aquella casa y obligado, por tanto, á tomar parte en la satisfacción de la familia. Todos y con especialidad las mujeres, están dicharacheros. La cocinera de mister Dombey que generalmente es la menos decidida en las reuniones, dice que después de esto no se puede permanecer entre cuatro paredes y es preciso salir á divertirse. ¿ Por qué no ir al teatro? Todos (incluso mistress Perch) son de este parecer: hasta el indígena, el negro del comandante Bagstock, emite un voto favorable, mirando con ojos que ponen miedo en las mujeres (en mistress Perch particularmente). Uno de los dos criados buenos

mozos propone organizar un baile á la salida del teatro y ninguno (ni mistress Perch) hallan objeción que oponer á esta propuesta. Algunas palabras se suscitan entre Towlinson y la segunda doncella : ésta, conforme á la autoridad de un proverbio antiguo, dice que los matrimonios se verifican en el cielo ; aquél sostiene que la manufactura se halla en otra parte y añade que si ella dice esto es porque tiene intención de casarse á su gusto : á lo que ella contesta que, á Dios gracias, no piensa casarse con él nunca. Para calmar estas discusiones el mayordomo de cabeza cana se pone en pie y brinda á la salud de Towlinson. Conocerle — dice — es estimarle y estimarle es desear que se case con la persona de su elección donde quiera (y aquí el mayordomo de la cabeza cana mira á la segunda doncella) donde quiera que sea. Towlinson contesta á éste brindis con otro dando gracias y perorando además contra los extranjeros, los cuales puede ser que hallen favorable acogida en las inteligencias inconsistentes que se dejan llevar por los cabellos, pero que él, por su parte, tiene la confianza de que no han de engañarle nunca. Al pronunciar estas palabras, de tal manera es expresiva la mirada de Towlinson que la segunda doncella se empieza á poner mala y si no se pone por completo es porque en aquel instante avisan que la novia se marcha, con lo que todos se precipitan para presenciar su partida.

El coche está á la puerta. Baja la recién casada al vestíbulo donde la espera mister Dombey. Florencia espera también, de pie, en la escalera y miss Nipper se encuentra en el pasillo esperando para acompañar á su señorita. Aparece Edith, y Florencia corre á su encuentro para decirle adiós.

¿ Tiene frío Edith ? ¿ Por qué tiembla ? Parece que hay algo en el contacto de Florencia á cuya sensación retrocede como si la causara frío. Mucha prisa tiene en marcharse Edith, pues no hace más que saludar con la mano y ya está andando...

Mistress Skewton abrumada por sus sentimientos de madre se deja caer en el sofá, en su actitud de Cleopatra : ha oído el ruido del carruaje que se va y derrama unas lágrimas. El comandante que, como todos los demás, ya se levantó de la mesa, trata de consolar á Cleopatra ; pero ésta no quiere consolarse de ninguna manera y el comandante se despide. Primo Feenix se despide : mister Carker se despide. Todos los demás se despiden. Cleopatra se queda sola algo trastornada á consecuencia de su fuerte emoción, y se duerme.

Algo trastornados están todos, abajo. El criado contemplativo apoya la cabeza en la mesa y no quiere moverse. En el ánimo de mistress Perch se ha verificado una violenta reacción : teme, según dice á la cocinera, que mister Perch tenga menos apego á la familia que antes, cuando sólo eran nueve en casa. Towlinson tiene en los oídos el ruido de una rueda que da vueltas y vueltas en su cabeza. La segunda doncella querría que no fuese pecado desear la muerte de alguien.

Hay también una general confusión en estas regiones inferiores, respecto al tiempo : algunos piensan que ya son las diez de la noche, cuando en realidad aún no han dado las tres de la tarde. Una tétrica idea como presentimiento de alguna iniquidad cometida flota en aquella atmósfera y unos huyen de otros como si recíprocamente se tuvieran por compañeros en delito. Nadie se atreve á recordar el proyecto de

ir al teatro. No hay quien se decida á hablar del baile; sería una imbecilidad manifiesta.

Mistress Skewton sigue durmiendo arriba, dos horas más tarde, lo mismo que en las cocinas duermen. Los cuadros del comedor no tienen ya á la vista más que migas de pan, platos sucios, manchas de vino, helados medio derretidos, cortezas de queso, caparazones de langosta, huesos de ave, gelatinas que no resisten ya de pie y se convierten en jarabe. Á este tiempo la boda, lo mismo que el almuerzo, ha perdido sus ornamentos. Los criados de mister Dombey discurren acerca del acontecimiento, tanto que al llegar la hora del te, á cosa de las ocho, se encuentran contrariados y serios. Perch vuelve de la oficina de la City muy contento, luciendo su chaleco blanco y la voz con que entona una cancioncilla divertida, dispuesto á pasar un buen rato; pero queda perplejo al ver el frío recibimiento que le hacen, al enterarse de que su mujer no se siente buena y al comprender que de todos los placeres ideados no le queda más que uno: el de tomar el ómnibus con su cara mitad y marcharse á su casa.

Se hace de noche. Florencia, que ha recorrido la embellecida casa, de cuarto en cuarto, busca su nuevo gabinete, en el que Edith ha reunido todo el lujo y todas las comodidades posibles. Quitase su elegante traje y se pone su sencillo vestido de luto que lleva siempre en recuerdo de su querido Pablo. Se sienta para leer y Diógenes se tumba á sus pies sin dejar de mirarla. Pero Florencia no puede leer esta noche. Parece que en aquella casa hay algo extraño que afecta al corazón y le oprime. Florencia cierra el libro y el tonto de Diógenes creyendo que aquella es una señal para él, se incorpora, pone las patas en el

regazo de Florencia y se restriega las orejas en las acariciantes manos de su ama. Pero Florencia casi no lo percibe al cabo de un rato: una neblina parece que la separa del perro y en aquella neblina distingue Florencia las imágenes de su madre y su hermano. Y á Wálter también, el pobre errante y náufigo, ¡oh! ¿dónde estará Wálter?

El comandante no lo sabe; puede tenerse por seguro: él no sabe nada. Y además no le importa: ha dormido toda la tarde, va á comer al club, se sienta con una pinta de vino por delante, y traba conversación con un modesto joven que está sentado en una mesa inmediata (cualquier cosa daría este joven por poderse poner de pie y marcharse, pero no se atreve) y le marea con multitud de anécdotas de Bagstock, caballero, que ha estado en la boda de Dombey, con un viejo amigo de Pepe, lord Feenix. Entretanto, el primo Feenix, que debería haberse estado en su casa y en la cama, se halla sentado á una mesa de juego adonde tal vez á pesar suyo, le han llevado sus piernas caprichosas.

La noche ocupa, como un gigante, la iglesia, desde las losas del pavimento hasta los techos y su dominio se dilata durante silenciosas horas. El alba pálida vuelve á asomarse temerosa á las vidrieras; nuevamente deja su sitio al día y torna á refugiarse en las bóvedas, expulsando á la noche de los rincones sepulcrales. Los tímidos ratones de nuevo corren á esconderse al escuchar el ruido de las puertas. Mister Sownds, mistress Miff vuelven al círculo de sus ocupaciones diarias, tan cerrado como un anillo de esponsales: ya están en esta rueda. Otra vez el sombrero de tres picos y la cofia arrugada aparecen en sus respectivos lugares á la celebración de matrimo-

nios : otra vez el hombre toma á la mujer y la mujer toma al hombre conforme al solemne rito :

« De este día en adelante, en suerte ó en desgracia, en riqueza ó pobreza, en salud ó en enfermedad, deben quererse y auxiliarse hasta la muerte guardándose fidelidad recíproca. »

Estas palabras repite para sus adentros mister Car-ker, con la boca estirada, al tiempo que por las calles de la ciudad dirige su caballo buscando los más limpios pasajes.

CAPÍTULO XXXII

EL GUARDIA MARINA DE MADERA SE VA EN PEDAZOS.

El digno capitán Cuttle permaneció algunas semanas en su fortificado retiro, sin separarse un ápice de sus prudentes precauciones para evitar una sorpresa : precauciones tanto más indicadas cuanto menos aparecía el enemigo. Argüía el capitán que aquella seguridad aparente era demasiado profunda y duradera con exceso : sabía que cuando el tiempo está en un buen cuadrante rara vez son inútiles los toldos. Además conocía perfectamente bien el carácter de Mac Stinger y no dudaba que esta heroica mujer se habría jurado á sí misma no cejar hasta descubrirle y capturarle. Temblando ante tales consideraciones el capitán Cuttle llevaba una vida completamente retirada. Pocas veces salía de la tienda y aun entonces de noche : sólo se aventuraba en las calles oscuras y, sobre todo, nunca se arriesgaba en domingo. En fin, tanto intramuros de su fortaleza como al descubierto se guardaba de los sombreros de mujer lo mismo que si los llevaran leones furiosos.

El capitán no sabía qué determinación tomar en el caso de tropezar con Mac Stinger, en alguna salida ; no creía posible, en tal caso, una resistencia. Ya se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO